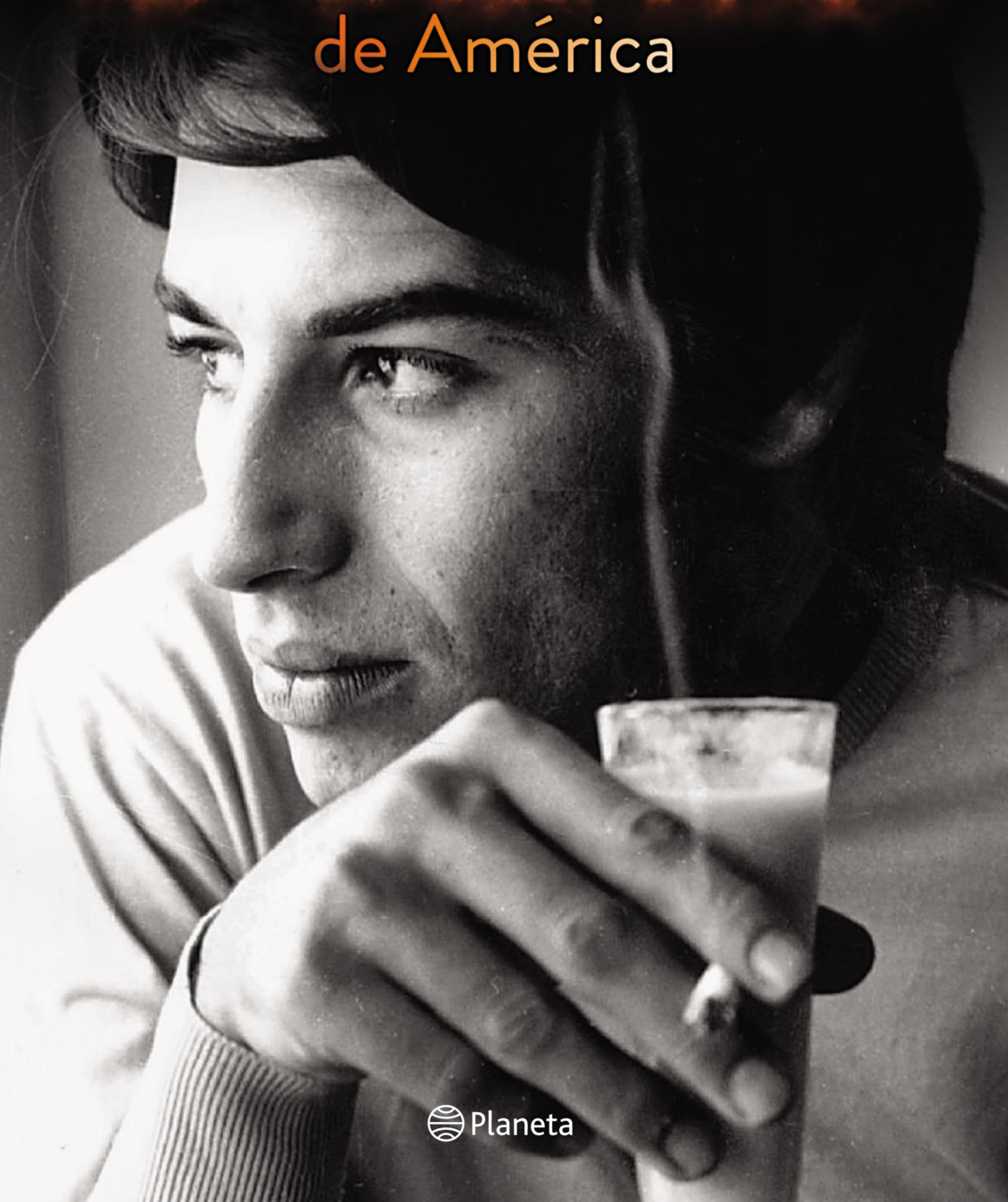


GRACIELA GUIÑAZÚ

SANDRO

de América



SANDRO DE AMÉRICA

GRACIELA GUIÑAZÚ

 Planeta

SANDRO

*Hice lo que me propuse con paciencia de gitano.
Yo lo único que no quería era ser uno más del montón.*

Se llamó Roberto por un capricho del Registro Civil, y Sánchez, por ese imprevisto cambio de apellido con el que se sometía a muchos inmigrantes. Pero si el asunto hubiera sido como lo pensaron sus padres estaríamos hablando, en realidad, del gitano Sándor Papadópolus. Aclaro, por si hace falta, que la pronunciación correcta del nombre en su lengua de origen es “Sandro”. De modo que desde su primer berrinche en la Maternidad Sardá, en Parque de los Patricios, estuvo marcado por esta doble personalidad, que luego desarrolló con inteligencia para preservarse de la invasión que significó la fama.

–Una de las cosas más coherentes que hice en mi vida fue separar a Sandro de Roberto Sánchez –me confesó más de una vez.

–¿Pensaste qué hubieras sido si no hubieses sido Sandro?

–Un frustrado, nada más –me respondió siempre con la rara lógica que utilizaba para diferenciar a uno del otro. Porque cuando se encerró en la casa de Banfield como si fuese un dios tomó la sabia decisión de dividirse en dos: Roberto Sánchez, de las puertas para adentro, y Sandro, una vez que traspasaba la muralla de su casa. Salomónica fórmula que le sirvió para nutrir de misterio al ídolo y para que el hombre pudiera vivir en paz.

Nacido a las tres y veinte de la mañana del domingo 19 de agosto de 1945, fue el hijo único de Irma Nidia Ocampo y Vicente Sánchez, el feliz matrimonio que se había casado el 22 de julio de 1943. Su árbol genealógico revela que proviene de una mezcla de húngaros, griegos, españoles, vasco-franceses y criollos. Su bisabuelo paterno era un gitano húngaro, descendiente de griegos, de apellido Papadópolus que cuando se refugió en España, escapando de las guerras que desangraban a su país, adoptó el de Revaduglias. Su abuelo, también húngaro, fue criado en Galicia, y su abuela era española. A Roberto le gustaba relatar las historias de los Papadópolus contadas por su abuelo José y también las del gaucho Germán Ocampo, el padre de su mamá Nina: “Mi abuelo era un gauchazo de San Vicente, una leyenda viviente. De chico conoció a Juan Moreira porque mi bisabuelo arreglaba facones y cuchillos. Cuando lo mataron, Moreira llevaba el facón de mi bisabuelo. Mi abuela materna era rubia y de ojos celestes, no era La pulpera de Santa Lucía pero se le parecía bastante”, disparaba para terminar el recuerdo con una risotada.

Le pusieron Roberto, como al hermano de Vicente y como a Roberto Escalada, el galán de los radioteatros de aquella época, porque a sus padres no les permitieron anotarlo como Sandro, por tratarse de un nombre “extranjerizante”.

Creció en un conventillo, el “yotivenco”, como diría tantas veces, en donde se compartía la cocina y el baño, y en el piletón del patio había que hacer fila ya sea para colar los fideos, enjuagar la ropa o “lavarse las patas”. Su mundo era una habitación mínima en esa casa de inquilinato de la calle Tuyutí al 3016, muy cerca de Puente Alsina, de la parroquia de San Juan Bautista, de la escuela primaria República del Brasil, de la plaza de Valentín Alsina y de la Biblioteca Popular Sarmiento, referencias imprescindibles si hablamos del pibe, un poco callejero, que alimentó sus fantasías de aplausos cuando a los 4 años decidió que sería “artista de cine en colores” y al que también le hubiera gustado ser pintor, médico o biólogo.

“¡Cómo soñaba con los aplausos desde que empecé a cantar con la radio! Crecí junto a la radio y con ella volaba mi imaginación, por eso cuando soñaba con aquellos aplausos, tenía la ilusión de que un día alguien dijera: ‘Señoras y señores... con ustedes, ¡¡¡Sandroooo!!!’”.

Su debut, que ya se contó infinidad de veces pero resulta esencial para conocer al personaje, ocurrió el 9 de julio de 1958 en el Salón La Polonesa, en Valentín Alsina. La escuela República de Brasil había organizado el acto por el día de la Independencia y él era uno de los participantes. Roberto ya estaba en primer año del colegio secundario Mariano Moreno, en Almagro, pero Elsa Texeira, su maestra de sexto grado (en esos años la primaria terminaba en ese curso) lo invitó al festival del turno noche de su ex escuela que se realizaría en el salón al lado de la Iglesia. Con las patillas negras pintadas con un corcho quemado, “un jopo con alambre y dos kilos de gomina” (exagera el recuerdo) y el suéter vistoso que le prestó la mamá de un amigo del barrio, el “nene” ofreció su primer show. Lito Vázquez, su hermano de la vida y uno de los integrantes de Los de Fuego originales, se disfrazó de Blackie, la periodista que traía a los artistas internacionales en aquella época, para recibir al falso Elvis en un inglés incierto.

“Hacemos como que Blackie-Lito me entrevista en inglés, ¡sanata pura, si yo no hablaba una palabra! Atrás nuestro cuatro parejas bailando rock. Habíamos salido del eterno pericón ‘tan-tararará-ran’ y nuestro número estaba matando. Primer tema, fenómeno. Los pibes nos gritaban: ‘¡Bieeen!’”. Cuando uno de mis compañeros va a poner el segundo disco, se le cae y se rompe. Yo me largué a cantar a capela y todo estalló. Bailé con las pibas más lindas. Me dije: ‘Esta es la mía’. ¿Quién me decía que no? ¡Me había convertido en la estrella de la noche!”.

Había empezado el show con la fonomímica de *Hotel de los corazones destrozados (Heartbreak Hotel)*, su *playback* y su baile causaron tal sensación que la señorita Texeira decidió repetir el número, con tan mala suerte que el disco de pasta se rompió y el ex alumno Sánchez comenzó a cantar con su voz. A lo Elvis y con un increíble dominio de la escena, ese pibe de 12 años, casi 13, se ganó su primera ovación. Tenía la mirada llena de triunfo.

“Sandro nació en un local llamado Recreo San Andrés. El dueño me propuso: ‘Pibe, elegí un seudónimo y debutás este fin de semana’. No lo pensé demasiado, elegí el nombre que mi mamá había querido ponerme cuando nací, pero que no le permitieron en el Registro Civil. ‘Presénteme como Sandro’, le dije y aunque parezca mentira ese día sentí que mis sueños empezaban a hacerse realidad”.

Hasta que fue Sandro hizo de todo y aprendió oficios múltiples para colaborar económicamente con sus padres. Cuando todavía cursaba la primaria, todas las tardes pedaleaba sin parar con su triciclo para ayudar a Vicente en el reparto de vinos (una changa que su papá hacía cuando salía del trabajo en el Frigorífico Wilson). Después de la expulsión de primer año del secundario fue aprendiz de matricero en una tornería, ayudante en un taller mecánico, empleado y técnico relojero en una joyería, acompañante de camionero (aunque no tenía registro, por su edad, a veces manejaba él hasta Carlos Casares para ir a buscar ganado), montador de avisos en una agencia de publicidad, cadete en una droguería, pulidor de pisos y hasta tapicero: con un amigo retapizó todas las butacas del cine Nuevo –que quedaba en Boulevard Alsina y Conesa (hoy Perón y Farrel)– a seis cuadras de su casa, para poder comprarse unas botas de cuero y un jean.

En el barrio le decían “El Loco” por su manera de vestirse y por las pinturas de calaveras y llamaradas de fuego con las que adornó el triciclo de reparto de vinos.

Empezó a frecuentar el Bar Pancho, en la esquina de Alsina y Choele Choele. Era menor de edad pero como parecía más grande no le prohibían quedarse, como a los otros chicos que no habían cumplido aún los 18.

En el bar, solía escuchárselo hacer ritmo hasta con la cucharita al golpearla artísticamente contra lo que fuera. Dicen que “El Loco” era capaz de bailar sentado. Pero eso sí, para el fútbol era “de madera”; nunca jugó para el equipo de la barra, el Pancho Fútbol Club, a menos que se tratara de un partido de metegol. Los domingos, cuando todos se iban a la cancha, él se quedaba solo, tamborileando con los dedos sobre la madera como si tuviera delante suyo una batería y no una mesa.

En 1959 conoció a Enrique Irigoytía, a través de Bernabé Gutiérrez, otro amigo del bar. Sandro se defendía bien con la armónica y como el Vasco Irigoytía tocaba la guitarra le propuso hacer algo juntos. Él le enseñó los primeros tonos y empezaron a despuntar el vicio cantando tangos, folclore y algunos boleros de moda, como la versión de Los Fernandos de *Sigamos pecando*.

“Son años que recuerdo con nostalgia por esos sueños que tenía porque, de alguna manera, cuando los sueños se van cumpliendo el hombre se va quedando vacío, entonces uno tiene que reinventarse los sueños. Yo ahora toco muy poco la guitarra, porque a medida que pasaron los años fui aprendiendo a ‘meter los dedos’ en el piano y me viene mejor para componer. Pero la guitarra fue el primer instrumento que cayó en mis manos, por eso cuando veo una ‘de tipo española’ me trae la memoria de aquellas noches en el café de Valentín Alsina. Empecé a ir al Bar Pancho a los 10 años, porque tuve un desarrollo

prematureo impresionante y parecía de 14 o 15. Enrique me enseñó a tocar ahí. En los altos del café vivía Alberto Morán y también paraba el Negro Luis Medina Castro; cada tanto aparecían Los Andariegos, que eran muy amigos del dueño. La señora que atendía, Doña María, era una paraguaya que detestaba el rock and roll; por eso cuando quería cerrar le cantábamos canciones de su país como ‘Tiré tu pañuelo al río’ y ella se quedaba escuchando embelesada, se le aflojaban las lágrimas y nos dejaba tocar un rato más”.

Se presentaba con Enrique Irigoytía en todos los concursos de cantores de los clubes de barrio. Tenía doce o trece años e imitaba muy bien a Johnny Albino, cantante del Trío Los Panchos; su fuerte era *Quién será la que me quiera a mí* y con ese tema accedían a los primeros puestos. Gracias a esos concursos los contrataron para hacer serenatas, cobraban “cien mangos por cabeza, más el viaje” y ofrecían un repertorio ecléctico: boleros, valsecitos peruanos, pasodobles, tangos, litoraleñas, chamamé y, por supuesto, rock. Llegaban con el novio a la casa, en silencio y en puntas de pie, y en medio de la oscuridad empezaban a cantar; casi siempre arrancaban con *Noche de ronda*, el ladrido de los perros de la cuadra, más que sus guitarras y sus voces, alertaban a la novia. Si el muchacho tenía el visto bueno de la familia se encendía la luz de la ventana y se abría la puerta para celebrar la velada con sándwiches de miga, gaseosas y sidra. Caso contrario, había que salir corriendo...

“Frente a mi casa había un tipo que tenía una guitarra rota. Se la pedí prestada y un atorrante del barrio me empezó a enseñar los primeros acordes. Entonces yo me sentaba en la cocina, apoyaba la guitarra en el borde de la mesa y hacía fuerza para enderezar el mástil. Así aprendí a tocar. Me pasaba ocho horas con el instrumento en la

mano. ¡¡¡Ocho!!! ¿Oíste? De las dos de la tarde hasta las diez de la noche. Mi vieja me ponía un tazón con agua y sal para que metiera los dedos cada tanto porque se me ponían rojos como un tomate y se me hinchaban . Ahí descubrí que era una vocación real. Ningún pibe se pasa semejante cantidad de horas. ¡Eso es muy loco!”.

Formó El Trío Azul con Irigoytía y con Agustín Mónaco. Pero duró poco porque el Vasco fue convocado para hacer el servicio militar y aunque eran un trío, al escenario subían dos. Por eso con Mónaco se rebautizaron como Los Caribes. No les iba tan mal, aunque a veces el pago era a cambio de la entrada y una consumición. Sandro alternaba con algunas actuaciones como solista en los lugares que le había cedido Irigoytía en el Club Social y Deportivo La Perla de San José, Temperley, y en el Recreo Andrés, de Villa Jardín en Lanús, entre otros clubes de barrio, a cien pesos la noche hasta que le aumentaron a ciento ochenta. Irigoytía además cantaba en un grupo llamado Los Reyes del Swing y hacía shows en algunos clubes de Villa Diamante y también le dejó su espacio ahí.

A los 15, escribió su primer rock: *Comiendo rosquitas calientes en Puente Alsina* y lideró Los Caniches de Oklahoma, un grupo en el que curiosamente el cantante era Héctor Centurión, más tarde la primera voz de Los de Fuego. El conjunto tenía un nombre imposible y muchas dificultades económicas tanto para trasladarse a los shows como para comprar equipos dignos, pero Sandro era imparable y acopló su vieja guitarra a un tocadiscos para que sonara mejor y aun a riesgo de electrocutarse en vivo por las descargas que recibía de su invento tocaba con ahínco. Su entusiasmo solía chocar contra el de sus compañeros que no veían futuro en la música, sino un simple divertimento. Él, en cambio, quería ensayar todos los días y hacer más de un show por fin de semana.

Su gran oportunidad para hacerse famoso en todo Valentín Alsina llegó con un jingle que cantó en forma gratuita:

“Sedería Bruno/ sedería Bruno,/ compra ella,/ compras tú,/ Sedería Bruno,/ sedería Bruno,/ la sedería de la juventud”, su voz sonaba potente desde los altoparlantes.

“En mi barrio había un ambiente musical tremendo, mucho rock and roll y mucho tango, una fusión extrañísima. Cuando empezamos con el Trío Azul, cantábamos boleros. Alberto Morán, gran cantor de tangos, fue mi maestro, siempre digo que él fue el primer ídolo con tanto arrastre con las mujeres, yo era chico todavía, tenía 12 o 13 años, e íbamos a bailar donde tocaba la orquesta de Pugliese. Hicimos un trío de boleros con este atorrante que me había enseñado a tocar y que después formó parte de Los de Fuego. Nos presentábamos a los concursos de cantores, pero nunca en el barrio, porque nos gastaban como locos. Formamos el trío Los Caribes, pero cada vez que nos presentábamos, éramos dos. Era muy gracioso, siempre faltaba uno. Enrique Irigoytía, cantaba en el Recreo Andrés, pero como se tenía que ir a la colimba y quedaba el puesto vacío fui y me hice cotizar. Y con eso pude comprar mi guitarra”.

En 1961 con Carlos Ojeda (guitarra y percusión), Héctor Centurión (bajo y voz), Lito Vázquez (guitarra rítmica) y Armando Cacho Quiroga (batería), cuatro de los pibes de Alsina, creó Los de Fuego, un grupo al que primero quisieron llamar Los Sombreros de Copa, un nombre que a Sandro no le parecía tan rockero como el que propuso para bautizar a la flamante banda. Estaban en la pieza del conventillo de la calle Farrel, donde vivía Cacho Quiroga, y Sandro, que era la primera guitarra, para hacer más efectiva su fantasía, escribió el nombre con pintura en el bombo de la batería, con el fin de simbolizar toda la fuerza y el ritmo del rock and roll. Al principio Lito tenía una vieja guitarra heredada de su abuelo, Cacho hacía ritmo con una caja y dos palitos y

Héctor se había inventado un bajo “artesanal” con una guitarra criolla.

“Yo me encerraba con la guitarra y los discos de Los Ventuirs (The Ventures) para sacar los temas ‘de oreja’ y me pasaba hasta ocho horas tocando todos los días. Una tarde vino a verme Lito Vázquez y fuimos hasta la casa de Cachito Quiroga al que el padre le había regalado una batería, Lito creo que ya tenía una guitarra eléctrica y al grupo se sumó Héctor Centurión que iba a ser el futuro bajista pero no tenía contrabajo y este loco se lo hizo con una guitarra criolla a la que le puso cuerdas de acero con un cuchillo, un cacho de madera y un destornillador. Ensayábamos en la escalera de la casa de Lito, sin meter mucha bulla para que no nos rajaran, hasta que conseguí que mi viejo nos dejara ensayar en el garaje al lado del conventillo, entre las damajuanas del ‘delivery wine en lady jane’ como se diría hoy, que traducido al uso nuestro significa ‘reparto de vino en damajuana’, que tenía mi papá y que yo hacía con él en el triciclo”.

Sandro tocaba la guitarra y se encargaba de los coros, pero en realidad era el mánager, el creativo, el motor del grupo. Dibujó cómo se ubicarían en el escenario y diseñó el vestuario en un papel y se lo dio a Nina, su mamá, para que se ocupara porque si no “nunca serían profesionales”: suéter bordó escote en v, pantalón gris, camisa blanca, corbata negra, campera con bandita amarilla, la F de Los de Fuego bordada en lamé dorado, medias blancas y zapatos abotinados negros. Así viajaban en los colectivos, uniformados y cargando con sus instrumentos para tocar por la zona sur del conurbano bonaerense. En aquella época era habitual ver a Sandro, con sus casi dieciséis años, pegando los carteles en la avenida Galicia, para anunciar su actuación en el Club Rioja de Avellaneda.

“Así se armaron Los de Fuego originales, no los profesionales con los que triunfamos después. Yo era el que menos mal tocaba y era la guitarra líder del grupo. Cantaba el bajista pero un día se olvidó la letra del *Rock de Claudia* (aclaro que en el original es *Lawdy Miss Clawdy*, porque me costó bastante encontrar el rock al que se refería Roberto) y no arrancaba, otra vez la introducción y nada, entonces para zafar me mandé al micrófono y arremetí con la letra, porque yo tenía cancha con tanto concurso y serenata; a partir de ahí fui cantando cada vez más temas hasta que pasé a ser el solista. Yo había armado el grupo, así que Héctor quedó como bajista. Un representante, Mario Naón, que tenía en aquel tiempo un grupo llamado Jackie y Los Ciclones, organizaba concursos de cantores. Fuimos a dar una prueba en el Club Bomberos de Ramos Mejía, se despide el Dúo Dinámico y entramos a hacer la payasada. Los solos de guitarra los hacía el que me había enseñado, pero le daba tan duro que se le rompían las cuerdas que era una maravilla. En el primer tema rompió una, en el tercero dos. Le pasé la mía... y me quedé sin nada. Entonces empecé a hacer todo lo que me llevó a la fama: pegar saltos, bailar, armar un quilombo arriba del escenario. ‘¿Y este loco de dónde salió?’, decían. Pero fue una explosión. ‘¡Qué bárbaro! –dice Naón– vos, ¿cómo te llamas?, ¿Sandro?, bueno ahora son Sandro y Los de Fuego’. ¿Ves que todo fue por accidente?: se rompió un disco, se rompieron las cuerdas, siempre tuve que manotear algo, ‘sacar las papas del fuego’ como quien dice. Pero no fueron el disco ni las cuerdas, es el destino”.

El primer equipo que tuvieron estaba hecho con un tocadiscos viejísimo, lo desmontaban y tenían que probar los cables para ver de qué lado pateaba para no quedarse “pegados”. Los domingos iban a la casa de los amigos que tenían combinados para escuchar discos, preferentemente temas de

Little Richard o Gene Vincent. Roberto probaba con la perilla los graves y los agudos “al taco” para aprender cómo se podían cambiar y combinar los sonidos. Además, como buen líder que era, los arengaba sobre la importancia de saber qué había más allá de lo obvio, de aquello que sonaba en las radios. Por eso organizaba la colecta mensual para comprar revistas extranjeras y conocer la estética de los grupos de rock, como los franceses Les Chaussettes Noires, ver en el cine las películas de Elvis Presley o ir los domingos al centro a Casa América para mirar –la ñata contra el vidrio– la guitarra eléctrica que había en la vidriera. Con el tiempo, Lito se la pudo comprar y el papá de Cacho le regaló una batería. A Vicente se le complicaba, pero con esfuerzo pagó el anticipo para que Roberto tuviera una Jakim, de marca nacional, que sacaron a crédito en un negocio de Valentín Alsina: 3800 pesos al contado y 10.500 en cómodas cuotas. La guitarra tenía dos micrófonos pero como no tenía plata para comprar el equipo, él lo solucionó uniendo un cable de viola eléctrica a los cables del brazo del tocadiscos, que usaba entonces a modo de rudimentario amplificador, la enchufaba y ¡a tocar!

“Mi viejo me dio el adelanto, pero las cuotas tenía que pagarlas yo, así fue como hice mil laburos a la vez, mientras trabajaba con él por las mañanas. Hablando de las raíces te voy a contar una anécdota muy linda. En el 88 hice los recitales en el Luna Park, festejando mis 25 años como Sandro; yo cerraba el espectáculo con un tema que se llama *Amor de Buenos Aires*, una canción muy linda con bandoneón, muy de tango que compuso para mí Rubén Amado. Hay un momento que dice: ‘*y te amo tanto como las glicinas de los viejos patios de mi puente Alsina...*’, me lo hicieron a medida viste. Un buen día voy a ver un auto que me estaba preparando mi amigo Carlos Galoppo, era un viejo Rambler Ambassador, que es de los autos que me gustan a mí, y fui a su taller que está en Alsina. Era como

la una del mediodía, llego, entro, no me vio nadie y cuando salgo había unas veinte personas; era un concierto de camisetas, ruleros, batones. Salgo y me agarra un gordito en camiseta, me pega un abrazo y me dice: ‘Te fui a ver al Luna, ¿viste qué lindo barrio tenemos?’. ¿Y sabés qué? Ahí me di cuenta de que yo ya había llegado, que todo lo demás que había hecho en mi vida, había sido a lo mejor para ser alguien en mi barrio y en ese momento comprendí que lo había conseguido, ahora sí SOY y me lo dijo un tipo en camiseta y yo dije: ‘Ya está, ya soy profeta en mi tierra’. Al fin y al cabo fue todo lo que hizo uno en la vida”.

Antes y después de ser un “portafolio”, como se definía en broma en los tiempos que se vestía de cuero negro “de la cabeza a los pies”, intuyó que distinguirse por su *look* sería vital, tanto como sus patillas marcadas, los bailes sensuales o su mirada demoledora. Vanguardista, marcaba tendencia o rechazo, pero nunca indiferencia. Aprendió a ser Sandro en el empedrado de Valentín Alsina, arrastrando levemente los pies al caminar, con el cigarrillo colgando en la comisura de los labios, con su elaborado jopo elviniano, el blue jean ajustado con botamangas, y las botas de cuero con cierre y taco. Una parte de la prehistoria del ídolo quedó registrada en fotos de los diarios de la época y en el único material de video que hay de Los de Fuego con la participación especial en la película *Convención de vagabundos* de 1965. El resto fue transmitido con variaciones por el protagonista, por alguno de sus compañeros con una memoria distorsionada o por testigos inimputables, siempre deseosos de reversionar los inicios del mito.

Por eso, resulta difícil pensar que tantos años después haya algo nuevo para decir que no se haya dicho hasta ahora. Sin embargo, Roberto conservó algunos pequeños tesoros que fue mudando con él, del conventillo de Valentín Alsina a

la casa de Lanús, de ahí al departamento de Palermo y finalmente, a Banfield. Esos pequeños tesoros resultan, al menos para mí, tan reveladores como su palabra.

En ese sentido, hay dos cuadernos que al no ser lujosos no llaman demasiado la atención.

El primero lo encontré en un cajón de la biblioteca de su escritorio en enero de 2013. Ya se estaba preparando la exposición *Yo Sandro, un mundo de sensaciones* y luego de leerlo se lo entregué a sus curadores y les expliqué la importancia del hallazgo. El cuaderno en cuestión es de tapa dura con un diseño búlgaro y está forrado con un papel rayado en degradé verde. Un detalle que ya nos habla de la prolijidad y el orden de un muchacho que para los cánones de la época podía sugerir, prejuiciosamente, el caos.

Al abrirlo tuve esa sensación de asombro que tantas veces Don Sánchez me contó que le producían las historias de Aladino y la lámpara maravillosa. Su caligrafía tan clara como infantil escribió en mayúsculas “SANDRO”; destacado bien grande, en birome azul, cursiva con letra rellena y sombreada, centrado y en el borde superior de la hoja. Más abajo, en birome negra, por separado, en tres renglones imaginarios y sin la “y”: “LOS DE (en imprenta) *FUEGO*” (en cursiva). Cinco estrellas negras, el número de los integrantes del grupo, completan la presentación de este cuaderno a la iniciación del mundo de Sandro.

En las siguientes páginas, numeradas por el folio original del cuaderno, de su puño y letra las dudosas traducciones al castellano de 21 covers; destaco: *Amame*, porque se preocupó por anotar que pertenece al cantante y compositor norteamericano Bobby Freeman; *Blue Jeans Bop*, porque confirma su temprana admiración por Gene Vicent; la singular adaptación que hizo de *Betty Lou got a new pair of shoes* (*Betty Lou tiene zapatos azules*, para ellos); y la versión en español de *Los brazos en cruz* (*Les bras en croix*, del francés Johnny Hallyday), firmada por él. Lo más revelador de esa anotación, que está

fecha el 16 de enero de 1964, es que nos permite saber que el rock inédito *Desaliñada* de Roberto Sánchez, ubicado en la página 17, es probablemente anterior o al menos contemporáneo del tema *Despeinada* de Palito Ortega y Chico Novarro (registrado en Sadaic el 27 de junio de 1963, que Palito grabó ese mismo año para una escena de la película *Un viaje al más allá* de Enrique Carreras). Por supuesto es una especulación, pero la letra de *Desaliñada* empieza diciendo: “*Yo tengo una novia desaliñada,/ que nunca se pinta y anda siempre despeinada...*”, relata cómo el novio se termina contagiando de ella y en el último estribillo dice: “*Desaliñados, desaliñados,/ todos nos gritan desaliñados...*”. ¿Por qué no la grabó? Seguramente por la misma razón que no grabó decenas de canciones que escribió antes y después, porque hubo otras mejores.

En la página anterior, la 16, hay otra canción desconocida de Los de Fuego, *Chiquilina* de Miguel (Lito) Vázquez: “*Chiquilina, chiquilina/ no me dejes vida mía/ por favor./ Chiquilina, chiquilina/ no cambies porque así/ te quiero yo*”.

Entre las páginas 71 y 75, están los pensamientos de un joven atravesado por la tristeza, tal vez por un amor que se fue, y por la soledad. Imposible saber si es la letra de una canción inconclusa, o la carta no enviada a un amor frustrado. “*Quiero llorar, quiero reír, quiero volver a vivir*”, “*A pesar de tener mucho, no tengo nada. ¡Estoy solo!*” o “*Volver a encontrar la alegría de una flor, la tristeza de la lluvia...*”. Son fragmentos para compartir, que elijo arbitrariamente, de este cuaderno íntimo.

En la página 77, el diseño de su look: saco a la cintura en el que se adivinan brillos, con camisa, pantalones de botamangas anchas y botas.

En la 89, los cinco De Fuego dibujados en fila, parecen soldaditos de plomo, pero en vez de armas sostienen instrumentos, y se ajustan al relato que tantas veces escuché acerca de que él antes de cada show ponía sus soldaditos de plomo, los de verdad que los chicos usaban para jugar, pero “all’uso nuestro”, es decir, al modo de Roberto. Acomodaba los soldaditos

en una cartulina grande, como las que habitualmente se usan en la carrera de diseño, y los ubicaba según cómo quería luego verlos parados en el escenario. Fue perfeccionando sus métodos para preproducir cada show, pero nunca perdió esta costumbre de montar el espectáculo en una maqueta partiendo de sus soldaditos de plomo con instrumentos. Un rito de sus “años de fuego” que mantuvo hasta *La Profecía*, el último show de Sandro.

En la página 91 de su cuaderno, el boceto con las marcas de cómo se ordenarían en el escenario y hasta cómo se arrojarían al piso en torno a él, presumo que al ritmo de un rock.

Casi al final, en la doble de la 92 y 93, su firma repetida. Buscando la perfección del primer autógrafo, garabateó en lápiz negro cien veces “Sandro”: la “S” con panza y rulo hacia abajo y la “O” uniéndose sensual en una raya firme. ¿El resultado? Una firma autodidacta y temperamental, como él.

En la página 94, cuentas en lápiz. Sumas, restas, multiplicaciones y divisiones sin referencia alguna. Dato que revela su preocupación no solo por los números, sino su prolijidad para gastar, ahorrar e invertir. Conservó esa costumbre de anotar todos los gastos, día por día, pero cambió cuadernos por biblioratos o agendas perpetuas que aún se encuentran en su casa.

Solo tengo una duda final, ¿qué había entre las páginas 46 y 69 que las arrancó? Lamentablemente siempre me quedará esa inquietud.

No tuve oportunidad de escribir sobre esto antes, ya que este cuaderno volvió a mis manos en diciembre de 2016.

Dos meses después, encontré otro menos pretencioso aún en la misma biblioteca, de color marrón y con espirales ya gastados. En la tapa anuncia el contenido: “Sandro”, en mayúsculas y en negro, “Los de Fuego” en rojo, y en lápiz el año: “1962”.

Allí están las letras de 32 canciones de twist, bop o rock, como *Ahora mis cuates*, de los mexicanos Los Loud Jets o el *Rock*

de *Claudia* (*Lawdy Miss Clawdy* de Lloyd Price, un clásico en la voz de Elvis Presley).

En ese cuaderno, dibujó con lápiz cómo sería su primer traje de cantante y anotó la palabra “cuero”, se ve el diseño con dos tipos de sacos con botones o sin ellos y el pantalón, y para terminar un boceto suyo con ese traje: peinado con flequillo al costado y un poco largo, la mano izquierda en alto y su clásica parada con los piernas abiertas y firmes.

¿Cómo explicar en pocas líneas la fascinación que me provoca esa página impar?

El cuaderno, seguramente de los más económicos, es como un libro de oro. Hay tanta agitación allí, que se pueden sentir las emociones que le provocaba pensarse artista. La última hoja y la contratapa contienen tres opciones de rutina para un show: en el primero son nueve temas, empieza con *Mi buena mamá*, en el octavo lugar ubicó a *Chiquilina* de Lito Vázquez y termina con su inédito *Desaliñada*. ¿Entonces la escribió en 1962?, me pregunto asombrada. Todo es posible en el mundo Sandro, como sabemos.

“Dios casi me mata de intoxicación porque me regaló demasiadas cosas y me dio esta posibilidad maravillosa de poder transmitir algo, para algunos más, para otros menos. Pero es un don que no es mío, esto viene a ser como la piba linda del barrio que se la cree, ¡vos no fuiste, piba! ¡Dios te regaló la belleza! En mi caso, Dios me dio estos dones y trato de usarlos bien, para no defraudar a JC, el Barba, porque cuando te dan eso y sos consciente lo tenés que manejar con tanto cuidado y tanta delicadeza porque no viene de nada, es lo que Dios me ha dado, nada más que eso, así de cortito, lo demás es todo consecuencia de ese don de Dios que dijo: ‘A ver el negrito ese’. ‘¿Cuál?’, pregunté mientras marcaba uno de adelante. ‘Vos, el que está en la cuarta fila’. ‘¿A mí?’. ‘Sí, vas a ser vos’. ‘Pero, yo ¿por qué?’. ‘Porque yo quiero’, me respondió. ¿Y se lo voy

a discutir? Me lo dio, me lo otorgó y trato de usarlo bien, es nada más que eso”.

Observador como era, no dejó nada librado al azar. Si bien la intuición podía llevarlo a veces a la improvisación, el resto era trabajo, puro y duro. Sabía que el talento en sí mismo no era nada si él no salía a buscar su lugar; lo acompañaba la suerte echada en sus números: 1945 (año de su nacimiento) que si le sumamos 17 (su edad en ese momento) nos da la cifra de 1962 (el año de su debut), una extraordinaria coincidencia que algún significado debería tener.

La ceja levantada, el temblor en los labios, la pelvis audaz, los brazos en cruz, la mirada profunda, las rodillas en el suelo, el sudor en la frente, el saco girando en el aire a punto de ser revoleado al público, la sonrisa seductora y la voz de trueno: los diez mandamientos de un ritual que ofreció desde el mismo instante en que se adueñó del escenario. Como si hubiera sido criado ahí y no en la humilde cuna de hierro de un conventillo de Valentín Alsina.